

PAN «παν» - DÉMOS «δημος»: todo el pueblo afectado



JAVIER GARCÍA CASTIÑEIRAS¹

Todos estamos afectados por la pandemia. Por las consecuencias directas del virus solo algunos pocos aún, por estos lares. Impactados por una gran imagen de ficción, por un lado, y por una realidad material inimaginable, por otro. Oscilamos entre estas dos realidades.

La enfermedad, que es como un viento veloz, invisible, silencioso y con destinos desconcertantes, provoca a la vez otros efectos, secundarios a las medidas que tienden a limitar la rapidez de la transmisión viral, que implica limitaciones a la vida social, laboral, económica y personal: nuestros afectos, el aislamiento y la incertidumbre económica. El incremento de la pobreza va a ser una de las más graves consecuencias, especialmente en América Latina, por sus grandes diferencias sociales; la enorme informalidad laboral, con lo que implica en falta de seguro social y de salud para todos. También las consecuencias de percibir lo que nos muestra sucesiva e iterativamente la televisión y los medios en internet, de cómo este microorganismo, diminuto e incompleto para reproducirse, ha azotado en otros lugares lejanos, y no tanto, ciudades multitudinarias y poderosas. ¡Ni la riqueza lo detiene! Pero eso evidencia las grandes diferencias dentro de sociedades ricas, y especialmente aquellas que han abandonado sus sistemas de salud y redes sociales. Realidad cruel que nos llega abrumadoramente y que parece una narrativa de terror. Asia y Europa primero,

1 Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. jgarciaCast@gmail.com

en Wuhan-China, Irán, Alemania, Italia, España, Francia; América luego, Estados Unidos, Ecuador, Brasil; en fin, África. Imágenes y testimonios de una asfixia desesperante y velada. Quizás los efectos directos del virus, los infecciosos sobre el organismo humano, no sean aún tan generalizados e importantes en nuestro territorio como los efectos de aislamiento social, pérdida laboral, incertidumbres, miedo y angustia que, tanto la enfermedad como las medidas sanitarias están provocando. Muy probablemente de acuerdo a cómo esto se viene dando en el Norte, todas estas calamidades también en el Sur se pueden agravar. Pero en algún lugar nos parece que nada de esto va a ocurrir aquí; que se tratará solo de una gripe pasajera sobre la que se ha exagerado.

No obstante, estamos bajo el efecto del miedo, con la dificultad que tiene ponderar el peligro de algo invisible pero que sabemos que tiene gran habilidad de inyectarnos su genoma y, si esto no provoca enfermedad suficiente, la reacción inmunológica, que es nuestra defensa, puede también agravar las consecuencias de la infección. Paradoja de que lo que nos defiende del agresor, al mismo tiempo nos pone la vida en peligro. Oscilando entre el desconocimiento, la incredulidad de que pueda afectarnos, por un lado, y la vivencia de una invasión invisible e insonora que se ha apoderado de nuestra intimidad, de nuestros cuerpos, por el otro. Entre que no existe el peligro hasta que el peligro nos afecte absolutamente, sin límite de tiempo. Vino para quedarse en nosotros y sin límite de espacios: no hay refugio posible.

Que esta pandemia ha sido creada para producir un efecto político-económico, biopolítico, como una guerra, una acción encubierta, secreta, de espionaje, un atentado, es una respuesta *conspirativa* que siempre está a mano; asimismo, desprestigiada. Tenemos algunos datos históricos a considerar. Muchas, si no casi todas las hipótesis conspirativas sobre crímenes, golpes de estado, desestabilizaciones, magnicidios e intentos de magnicidios, esas que siempre han sido descalificadas por su simplismo y paranoia, han sido sucesivamente reconocidas diez o más años después cuando el Departamento de Estado de los EE. UU. abre los archivos secretos de sus políticas y acciones. En el caso de la ex Unión Soviética, cuando la caída del Sistema, y aún así, muy parcial y lentamente. Cuando finalmente se confirman aquellas dogmáticas ideas conspirativas, entonces nadie se sor-

prende, ni da razón con posterioridad de lo advertido, ni ningún estado ni organización internacional toman ninguna medida al respecto. Algo así como que era obvio y al mismo tiempo insignificante, lo terrible.

Quiero decir que ni la formulación en su momento de una hipótesis así, ni el reconocimiento posterior de su veracidad, nos han servido para nada. No es que se trate de vivir en una posverdad, pienso. Ha sido un patrón histórico, acaso acentuado tras la revolución de las comunicaciones como instrumento político. Se trata probablemente de cómo nos ubicamos frente a la mentira sostenida como verdad, repetida y descarada, eso que hizo famoso a Göbbels. Hoy dos grandes potencias, o una superpotencia y otra que ambiciona serlo, se acusan mutuamente de implantar la epidemia. Es una dimensión que nos trasciende, si bien nos comprende en sus consecuencias. ¿Quién puede tener elementos ciertos para sostener una u otra opción conspirativa? En todo caso, nos vuelve a ratificar el alto grado de capacidades y eventos destructivos que la humanidad puede cometer.

Si nos escabullimos del virus o nos fugamos de otros seres humanos, como ocurre hoy para evitar el contagio, no parece diferente. Entre el otro que resguarda y es solidario y el otro que hostiga y arrasa, hay solo un matiz, apenas una variación del funcionamiento psíquico. Sin embargo, hay una distancia inescrutable en cuanto a lo que producen, y una proximidad ominosa por la vecindad de los funcionamientos. Espinoso distinguir entre lo ajeno-extraño que nos puede devastar y lo propio-hecho ajeno, igual de demoledor, aunque con el funesto agravante de provenir de un semejante: hermano-enemigo.

Si la distancia de los funcionamientos psíquicos es muy pequeña, la posición ética está, sin embargo, en las antípodas. Ambos pensamientos necesitan, si es posible, proximidad y apropiación: hacernos responsables de esa contradictoria y fácilmente disociable mixtura humana de odio-amor. Más aún, hacernos cargo de nuestra maldad. Cosa nada fácil; lo sabemos.

La vulnerabilidad puesta al mismo tiempo sobre toda la humanidad es otro aspecto destacable de esta pandemia. De golpe; así lo fue de rápido, de un momento a otro, ya no solo somos cada uno de nosotros vulnerables sino que toda la humanidad lo es al mismo tiempo. La epidemia ha sido una irrupción en la vida de la humanidad; se constituyó como aconteci-

miento. Si la Medicina podía honrarse de ofrecer cura solo a algunas enfermedades, y prevención también, lo era con las enfermedades infecciosas. Los antibióticos y las vacunas son instrumentos que nos ampararon frente a la vulnerabilidad de las pestes. Ahora, nuevamente, corremos de atrás.

Sin embargo, es cierto, como lo ha afirmado Badiou, que no se trata de algo imprevisible. En pocas décadas hemos tenido al menos cuatro pandemias virales: la pandemia del Sida —con la gravedad que implicó—, la gripe aviaria, el virus del Ébola, el virus SARS-1. No es sostenible decir que es algo único, que nunca imaginamos. Pero sí es terrible, tanto la enfermedad como las consecuencias de cómo nos tenemos que defender de ella. Es una irrupción que deja en evidencia nuestra vulnerabilidad.

¿Cómo nos afecta como analistas la declaración de cuarentena voluntaria, pero de exhortación general, o la cuarentena para mayores, junto a la exigida a quienes vienen de países altamente infectados o aquellos que estuvieron en contacto con personas infectadas?

Todas estas condiciones imposibilitan el trabajo con pacientes en nuestros consultorios. Podemos suspender el trabajo por tres o cuatro meses, como está siendo la duración de la epidemia en China, o más, en caso de extenderse o replicarse en el tiempo. De cualquier modo la suspensión de los análisis no sería nada recomendable; por el contrario, tanto para los pacientes que lo requieren como para los analistas, pues es nuestro trabajo. Está la opción de ofrecer seguir trabajando en línea, vía Skype, Face Time, WhatsApp, u otras, tal como sucede. Todos o muchos tienen experiencia en que estas formas son posibles cuando ya hay un trabajo previo en transferencia. También lo podemos intentar como inicio de un tratamiento, cuando no hay otra opción. Es un desafío importante mantener los análisis en estos tiempos y es solidario a mantener la condición o las condiciones de los análisis, a pesar de estos cambios de encuadre relativos. Relativos, porque existen cambios reales e importantes del encuadre, pero también disponemos de nuestro oficio incorporado más allá de lugares y muebles (algunos lo llaman *encuadre interno*).

Ciertamente, no estar en presencia real es una diferencia, en mi opinión: contundente, pero no forzosamente insalvable. En lo personal, me resulta un desafío interesante y la puesta a prueba de la plasticidad del analista, en primer lugar, y del analizando, también, en sostener la escucha

analítica y un modo de intervención que puede requerir modalidades diversas. Todos entendemos que siempre, en todo análisis, es necesario y un desafío a la vez sostener una escucha analítica que abra lo dialogal, hacia senderos que el analizante insinúe en sus trastabillos al hablar, olvidos, sueños, etcétera. Del mismo modo que la eficacia de nuestras intervenciones es un desafío que depende más de las ocurrencias del analista en transferencia, que del recurso al conocimiento técnico-formal.

Sin embargo, no estar presentes físicamente allí, con lo real de nuestros cuerpos erógenos, establece un desafío mayor a que la escena no se juegue solo en un nivel imaginario, soltado de lo real del acontecimiento de la sesión misma y del efecto simbólico que engarza algo de ese real. Con los riesgos posibles de un diálogo racional pseudo-analítico. Como la transferencia es central, lo podemos comparar a un amor postal. Puede sostener una relación, incluso profundizarla, darle otra fuerza. Pero solicita el encuentro real.

Sucede además que cuando discutimos sobre los cambios de encuadre, el centro de la discusión se coloca muchas veces en aspectos formales de los sistemas de comunicación. De la misma manera que en la API (Asistencia Psicoterapéutica Integral) pasamos años o hasta décadas discutiendo sobre la frecuencia mínima de sesiones semanales de los análisis. También con la aparición de los nuevos modos de comunicación: celular, SMS, WhatsApp, Skype, Zoom, Face Time, entre muchos otros, se ha deslizado la preocupación a algo formal. Si está bien o no que un paciente envíe mensajes por el celular avisando que va a faltar o llegar tarde, y si está bien que el analista le responda por mensaje de texto o WhatsApp, para mencionar solo un pequeño ejemplo. Nada de eso me parece demasiado importante a la hora de pensar los problemas actuales del análisis, acaso más bien un desplazamiento a lo nimio. Pienso, por lo contrario, que el primer tema importante a pensar es el de la presencia real de ambos en el consultorio, contra la presencia virtual, por imagen en la pantalla o solo sonora. Que las palabras no tengan el mismo efecto de suspender la inmediatez de la acción pulsional, de diferirla desde la posibilidad real de su emergencia en acto. En el encuentro virtual, esa emergencia real de lo pulsional corporal en acto con el analista no está directamente en juego. Si nuestro oficio se tratara de una actividad fundamentalmente intelec-

tual, racional, pedagógica, no sería tan determinante la presencia real. Pero incluso en el arte y en el deporte así se siente, tal como lo declaran coreógrafos, bailarines y jugadores de fútbol.

El tema de las relaciones virtuales nos enfrenta a un concepto que resurge y cambia con la revolución de las comunicaciones y lo transforma en un concepto tecnológico. Antes, lo virtual se oponía a lo real, pero, al mismo tiempo, tenía la virtud de producir un efecto. Ahora, como fenómeno tecnológico, le ofrece a quien lo usa una nueva forma de relación en el tiempo y el espacio, que trasciende a la realidad física, y solo es capaz de ser posible en su carácter de virtualidad efectiva. Quiero decir, permite encuentros y actividades sin las limitaciones temporales y físicas de la realidad. No obstante, permitir estas actividades, disponiendo de la imagen visual y sonora interactuando, la falta de presencia física real no responde en psicoanálisis a un concepto de «realidad», pues esta es también virtual. Responde a la idea de un real de la pulsión no mediatizado por la reproducción en parlantes ni pantallas, sino ligada a las vibraciones sonoras del cuerpo erógeno, en sus tonos y efectos sobre lo erógeno del analizante, eso que empuja al acto y, en la tensión de «no hacer nada» que impone el análisis, reconduce a la palabra, al nacimiento mismo de la palabra: a los balbuceos de una palabra que, según los conceptos freudianos, estaría muy cerca a la representación-cosa correspondiente, eso que se produce en la *perlaboración*.

La falta de este real erógeno en interacción cercana establece diferencias no fáciles de ponderar y menos de universalizar. En mi experiencia, por ejemplo, me resulta muy difícil comenzar un análisis de forma virtual. Me parece que la experiencia real de estar juntos en la sesión hasta que se constituya una transferencia consistente, es necesaria. Sucede allí más de lo que escucho y lo que veo. Pero lo es en mi experiencia, para mí, y quizás no lo sea en todos los casos para mí, y menos para otros. También, a partir de trabajos realizados, pienso que los análisis llamados concentrados se benefician con el agregado del modo virtual, entre encuentros presenciales. Y aun cuando acentúo la importancia de una experiencia real en presencia de los cuerpos, en el caso de que no exista ninguna posibilidad de encuentro real, de igual forma el trabajo en línea puede resultar importante si permite acceder al análisis o a algo que se aproxime

a él. Iremos haciendo experiencia caso a caso y pensando, siempre con la confianza en nuestro oficio y sin necesidad de disponer de reglamentos que establezcan ni cuándo ni cómo.

Sé que el tema de la virtualidad de los análisis es polémico y que muchos colegas se opusieron totalmente hasta que las distancias insalvables, las cuarentenas, lo impusieron para seguir trabajando, pero aun así mantienen su oposición total. Otros colegas no ven diferencias importantes y consideran que la imagen y la palabra dan cuenta también del cuerpo erógeno y permiten que lo trabajado tenga efecto analítico, es decir, sea eficaz; lo que los lleva a pronosticar un futuro virtual para el psicoanálisis. Reconozco que es posible mantener los análisis, incluso con momentos verdaderamente fecundos. Los pacientes y nosotros soñamos más en cuarentena, o, como dice F. Orduz, recordamos más nuestros sueños. También los analistas quedamos cansados al final de las jornadas de trabajo. Puede ser por diferentes causas, pero pienso que una es el esfuerzo por mantener la tensión de la transferencia en el encuadre, el llamado a decir todo pero a no hacer nada, con todo lo que tienen de imposible ambas formulaciones. Que la emergencia del deseo en esa cercanía vibrante e íntima de la sesión analítica quede interdicto en su acto para decirse, o al menos balbucearse.

Más allá de las diferencias de los métodos comunicacionales virtuales usados hoy, en cuarentena, estamos en presencia de una de esas situaciones fuertes que involucran, a la vez, a analista y analizando. Ambos estamos afectados por el mismo acontecimiento y esa afectación ingresa al análisis desde el analizando, pero inevitablemente también desde el analista. Estos temas de afectaciones mutuas han sido tratados en ocasión de otros sucesos críticos en el ámbito social. Desastres climáticos, guerra, dictaduras y terrorismo de estado, atentados terroristas, movilizaciones populares y represiones policiales, crisis económicas, entre otros. Recuerdo haber leído sobre este tema ya a comienzos de los 70 en los trabajos reunidos en dos tomos compilados por Marie Langer: *Cuestionamos 1 y 2*. En ellos, recuerdo especialmente el texto de mis compatriotas Laura Achard, Alberto y Mirta Pereda, J. Carlos Plá y Marcelo y Maren Viñar (1971). Plantean que una conmoción social, entendida como la eclosión aguda de algo en el ámbito de la sociedad, tiene el carácter de «hecho ineludible» (se refieren ahí al ejemplo de la muerte de estudiantes por la represión policial). Es

un acontecimiento que afecta tanto al analizante como al analista, ambos copartícipes de la sociedad afectada (p. 44). Plantean incluir el fenómeno social compartido en el análisis como objeto común al paciente y al analista (p. 45). La forma de hacerlo (incluirlo, trabajarlo) queda explícitamente abierta en ese texto; dicen: «no sabemos que nos deparará en el futuro, pero seguir trabajando en ello es la manera de saberlo» (p. 51).

El acontecimiento común provoca miedos, angustias, dolor, duelos, entre otras cosas. Todas ellas provocan asociaciones y repercusiones singulares en cada uno, necesariamente diferenciables, al tiempo que ineludiblemente coinciden en una peripecia común. No fue sencillo en aquella época plantear una afectación compartida de analista y analizando; mucho menos cuando lo compartido era un evento social, que pudiera desviar el purismo radical del kleinismo rioplatense en la concepción de la transferencia-contratransferencia y el cuestionamiento a la tradicional interpretación mutativa de Strachey.

Hoy las cosas, por suerte (pienso), han cambiado dentro del psicoanálisis, pero aún así cuesta entender que ambos, analista y analizando, estemos embarrados en la cancha donde se juega ese partido, la cancha de la sesión analítica, claro está, y la cancha del mundo donde ella se da y vivimos. Desde ese compromiso y afectación mutua, en abstinencia nuestra, el analista se rescata e interviene —en mi opinión— desde el reconocimiento interno de afectación por la vida, por el odio-amor, la destructividad y la vulnerabilidad, la transitoriedad de la vida y la inevitabilidad del conflicto y la angustia; es decir, en un sentido encarnadamente simbólico, de su castración. Esta es la posibilidad que puede ofrecer el analista en su oficio de girar desde una transferencia imaginaria a una simbólica. Esta es una forma de trabajo en transferencia sin ofrecerse imaginariamente como personaje de la escena transferencial. En esa escena y en ese mundo —esos barro— el analista se encuentra con su condición, ya advertida, de mezcla amor-odio, de conflicto en esa mezcla, de disfrutes, de angustia, de precariedad y, en consecuencia, en una posición de ansia y búsqueda que, con el paciente, deja en suspenso. Implica así la renuncia a poder responder al pedido y, al mismo tiempo y como consecuencia inevitable, la invitación de ocupar también ese lugar de partida, de búsqueda esperanzada.

Ciertamente, gran parte de las sesiones en estos momentos de crisis se llenan de relatos vinculados a lo que está sucediendo socialmente. Imposible sortearlo. Es de una gravedad contundente, un «hecho ineludible». No obstante, más tarde, cuando el analista puede descenderse de ese personaje copartícipe, extraviado entre discursos anteriores y vacilaciones del relato actual, turbulencias, entre sueños, recuerdos, nombres y olvidos, tienta algo, un desvío, abrir algo hacia algún otro lugar que aún no parece claro cuál es, para que el paciente respire en el medio de esa perturbación otros aires y rutas posibles. Y se lance desde allí. Ocupar su lugar de sujeto que busca es una operación crucial en ese pasaje de la transferencia imaginaria a otra simbólica. De más está decir que nada de esto que sugiero tiene ni la claridad, ni la meticulosidad, ni el orden teórico de la aplicación de una teoría ni de una interpretación mutativa (Strachey, 1934).

Retomo al final las preguntas que me movieron a escribir: ¿cómo nos posicionamos hoy los analistas respecto a estos temas? ¿Qué preguntas se nos abren que podamos compartir y disentir? ♦

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Achard, L., Pereda, A., Pereda, M., Plá, J. C., Viñar, M. & Viñar, M. (1971). Crisis social y situación analítica. En *Cuestionamos 1*. (Mary Langer Comp.). Buenos Aires: Editorial Granica.

Strachey, J. (1934). The nature of the therapeutic action of psychoanalysis *International Journal of Psychoanalysis*, 15, 127-159.